

# *Ammianus adversus externae gentes:* la geografía del *Barbaricum* en Amiano Marcelino

FRANCISCO JAVIER GUZMÁN ARMARIO \*

## RESUMEN

*Las «externae gentes», pueblos que habitaban los territorios allende las fronteras del Imperio Romano, fueron descritas, por los autores clásicos, con una serie de rasgos negativos que las definían por oposición al hombre mediterráneo. Uno de los más importantes rasgos de los bárbaros, quizás el origen de todos los demás, es el medio geográfico en que vivían. En un historiador como Amiano Marcelino, tan hostil hacia los elementos foráneos, la geografía del «Barbaricum» se revela como una elemento fundamental en sus «Res gestae».*

## ABSTRACT

*The «externae gentes», peoples that inhabited the territories beyond the frontiers of the Roman Empire, were described, by the classical writers, with a serie or negative features that defined them against the Mediterranean man. One of the most important features of the barbarians, perhaps the source of everyone, is the geographical environment in which they lived. In an historian like Ammianus Marcellinus, so adverse towards the foreigners, the geography of the «Barbaricum» is presented as a fundamental element in his «Res gestae».*

---

\* Universidad de Cádiz.

El arquetipo del bárbaro, inherente a la más honda esencia de la civilización clásica, no se basó únicamente en distintivos físicos aberrantes o en una interminable lista de costumbres incivilizadas. Por encima de estos aspectos, y condicionando todo el conjunto, se hallaba el medio natural en el que vivía aquél. Ya para Hipócrates, la diversidad humana radicaba en las condiciones geográficas y climáticas <sup>1</sup> en las que el ser humano se desarrolla <sup>2</sup>. Pero la cuestión no se agota en este punto, puesto que los propios autores de la Antigüedad tenían bastante claro que tanto a la civilización como al ambiente cultural de la barbarie les definían sus correspondientes medios naturales. «La civilización encontrará su asiento y su lugar allí donde la agricultura es posible, donde no falte el agua que produzca feraces pastos para el ganado y el clima sea benigno» <sup>3</sup>. Los bosques, las escarpadas sierras, los pantanos y cenagales de allende el *limes*, con su infernal clima lluvioso y gélido, impidiendo cualquier actividad agrícola y delimitando territorios aislados del resto del mundo, albergarían a la barbarie <sup>4</sup>. O en otras palabras: si Roma encarnaba la civilización, ésta poseía una esencia puramente mediterránea <sup>5</sup>. En este sentido, cuanto más nos alejemos de las riberas del *Mare nostrum*, más nos acercaremos al país de los bárbaros. Se trata de un «factor boreal» ideado por Posidonio <sup>6</sup> y seguido a pies juntillas

<sup>1</sup> HERESCU, N.I., *Civis humanus. Ethos et ius*, A&R, VI (1961), pág. 73.

<sup>2</sup> En su tratado sobre el aire, las aguas y los lugares (XVII-XXII), Hipócrates llega a la conclusión de que el frío y la vida nómada afecta bastante al cuerpo humano. Entre los escitas, por ejemplo, estos aspectos se manifiestan en situaciones como la falta de deseo sexual o la propensión a la artritis. Véase Johnson, J.W., *The Scythian: his rise and fall*, JHI, XX, 2 (1959), pág. 252.

<sup>3</sup> LOMAS SALMONTE, F.J., *Bárbaros y barbarie en Estrabón*, en Actas del I Congreso Andaluz de Estudios Clásicos, Jaén, 1981, pág. 17. La existencia de una tierra con un clima ideal para la fertilidad es un elemento típico desde la geografía utópica helenística. Véase MOLÈ, C., *Le tensioni dell'utopia. L'organizzazione dello spazio in alcuni testi tardoantichi*, en «Le trasformazioni della cultura nella Tarda Antichità», Vol. II, a cura di M. Mazza e C. Giuffrida, Roma, 1985, pág. 726.

<sup>4</sup> Teoría ésta que se mantendrá en los siglos venideros. Desde la atalaya de la Ilustración, los intelectuales achacarán el poco desarrollo de los indios americanos a factores climáticos. Ver BESTARD, J., CONTRERAS, J., *Bárbaros, paganos, salvajes y primitivos. Una introducción a la antropología*, Barcelona, 1987, pág. 239.

<sup>5</sup> Véase GARNSEY, P., y SALLER, R., GARNSEY, P., SALLER, R., *El Imperio Romano: economía, sociedad, cultura*, Barcelona, 1991, especialmente el capítulo I (págs. 15-31): «Un Imperio Mediterráneo»: véase también RUBIN, Z., *The Mediterranean and the Dilemma of the Roman Empire in Late Antiquity*, MHR, 1 (1986), pág. 13: «The Roman empire was fundamentally a Mediterranean power, and that the so called «Roman World» was basically identical with the «Mediterranean world».

<sup>6</sup> Posidonio elaboró una teoría de las zonas climáticas del mundo, siguiendo la ya efectuada por Eratóstenes, que se convertiría en el elemento capital de su concepciones etnológicas. En general, distinguía cuatro grandes zonas: la tórrida (habitada por pueblos como los indios o los etíopes), la desértica, la zona atemperada (Mediterráneo) y la gélida a septentrión. El clima que imperaba en cada zona determinaba el carácter de los pueblos que las habitaban. Véase GRILLI, A., *L'approccio all'etnologia nell'Antichità*, en «Conoscenze Etniche e Rapporti di Convivenza nell'Antichità», a cura di M. Sordi, Milano, 1979, pág. 23: «I barbari hanno predominante l'elemento

por Estrabón <sup>7</sup>, quien identificaba tajantemente la barbarie con los pueblos que habitaban el septentrión europeo (*Strab.*, IV, 4, 5).

Tal factor ha llegado a nuestros días, incluso, y ha sido reflejado en el cine: en las películas oportunas, «el cielo del mundo bárbaro es un cielo gris; Roma siempre está resplandeciente, es azul» <sup>8</sup>.

Aunque los romanos no extendieron nunca su control militar sobre el *Barbaricum*, dado que las condiciones medioambientales les imponían obstáculos al avance de las legiones (al respecto, los pueblos del norte no se hallaban tan limitados por el capricho de las estaciones a la hora de lanzarse sobre los dominios romanos <sup>9</sup>), fundamentalmente por la falta de vías adecuadas, la disposición de agua o la conveniencia del terreno <sup>10</sup>, sí conocían su medio natural. En cuanto al territorio de los otros bárbaros, los persas, el clima y la orografía imponían también sus límites a la guerra <sup>11</sup>. Las altísimas temperaturas estivales aconsejaban que las campañas se llevaran a cabo entre noviembre y marzo <sup>12</sup>, aprovechando el invierno <sup>13</sup>. Sin embargo, lo más normal era que tales acciones bélicas se desarrollaran a finales del invierno o principios de la primavera <sup>14</sup>.

---

del'anima humana legato al «fuoco», al «secco»: perciò i veri, grandi Barbari sono quelli del Nord; il clima, freddo, temprà il loro calore, come l'acqua l'acciaio».

<sup>7</sup> LOMAS SALMONTE, F.J., *Bárbaros y barbarie...*, pág. 16; también en su *Civilización y barbarie. A vueltas con la romanización*, en «La Romanización en Occidente», BLÁZQUEZ, J.M., ALVAR, J., eds., Madrid, 1996, pág. 47. Véase GRILLI, A., *op.cit.*, págs. 14 ss. No sólo Posidonio y Estrabón se adhieren a esta teoría. Un siglo más tarde, Tácito (*Agríc.*, 11) señalará un determinismo climático-geográfico de los britanos: «No se conoce con exactitud quiénes habitaron Britania en un principio, si eran indígenas o inmigrados. Su aspecto físico varía, y de ahí las diversas hipótesis. La cabellera rubia de los que habitan Caledonia y sus grandes miembros certifican su origen germano. Los rostros atezados de los silures, su pelo de ordinario ondulado y el hecho de estar Hispania enfrente hace creer que antiguos iberos pasaron el mar y ocuparon aquella zona. Los próximos a los galos guardan semejanza con éstos, bien porque perdure la influencia del origen, bien porque en tierras situadas unas frente a otras la posición geográfica y el clima influyen en el aspecto corporal...» (Traducción de J.M. Requejo).

<sup>8</sup> PRIETO, A., *Romanos y bárbaros en el cine*, en «El cine y el mundo antiguo», DUPLÁ, A., IRIARTE, A., eds., Bilbao, 1990, pág. 59.

<sup>9</sup> *Plin.*, *Paneg.*, XII, 3-4; *Amm.Marc.*, XIX, 11, 4; XXVII, 1, 1.

<sup>10</sup> LEE, A.D., *Information and frontiers. Roman foreign relations in Late Antiquity*, Cambridge, 1993, pág. 94.

<sup>11</sup> Sin embargo, Persia les era más familiar a los romanos que las tierras translimitaneas del norte son las siguientes, pues: 1) Suponía un área menor. 2) Existió un mayor nivel de interacción humana entre ambos imperios que entre Roma y el *Barbaricum*. 3) En Persia se hallaban valiosos puntos de referencia geográfica como Cesifonte y otras ciudades. 4) La orografía del territorio persa, donde domina la línea recta, estaba más acorde con la concepción romana del espacio, dentro de la orientada mentalidad urbana de las élites latinas. 5) Ausencia de infraestructuras, calzadas y caminos en el *Barbaricum*.

<sup>12</sup> *Ibidem*, pág. 91.

<sup>13</sup> Son los casos de Septimio Severo (que toma Ctesifonte en enero del 198) o de Gordiano.

<sup>14</sup> *Amm.Marc.*, XVII, 5, 8 (Sapor II); XXIII, 1, 1 (Juliano); *Zos.*, IV, 13, 2 (Valente).

Pero si nos centramos en Amiano, observamos a lo largo de sus páginas cómo otorga mucha importancia a la relación de los pueblos con el medio natural que les rodea <sup>15</sup>. Y en relación con esta idea, y teniendo en cuenta el protagonismo que ejercen los bárbaros en las *Res gestae*, no podía obviar el tema de la geografía del *Barbaricum*. Vayan por delante algunos ejemplos:

- aridez de la zona de Amida (XXIX, 8, 8).
- el terrible invierno de Pannonia juega a favor de los sármatas limigantos frente a los ejércitos romanos que van allí a combatirlos (XIX, 11, 4).
- el agreste clima de la frontera persa: en esta ocasión no se trata de la sequía, sino de las lluvias torrenciales (XX, 11, 26 y 31).
- la humedad de la región ribereña del Ponto Euxino (XXII, 8, 46).
- frío extremo de los territorios nordanubianos (XXII, 8, 42 y 48) <sup>16</sup>.
- hostilidad del territorio persa al final de la campaña de Juliano (XXIV, 8, 2-3 y XXV, 4, 10).
- carácter yermo del país de los cimerios, una tierra sin sol (XXVIII, 4, 18).
- dificultades de adaptación de los soldados romanos a las condiciones de aridez del Norte de África (XXIX, 5, 7).
- frío y falta de alimentos y forraje durante el crudo invierno del Ilírico (XXX, 3, 3).
- Valentiniano I tiene que abandonar el territorio de los cuados para evitar el frío del invierno, el mismo que hace aconsejable la paz con estos enemigos cuando ellos lo proponen al emperador (XXX, 5, 14).

Todos ellos son exponentes de territorios, más o menos extraliminales (y en todo caso vinculados con la frontera), que se caracterizan por la agresividad de su medio natural (hacia el hombre civilizado). En otras palabras, el bárbaro vive en una tierra hostil donde no tienen lugar las disposiciones que propician la génesis de la civilización (*Strab.*, III, 3, 8) <sup>17</sup>.

<sup>15</sup> SUNDWALL, G.A., *Ammianus Geographicus*, *AJPh.*, 117, 4 (1996), págs. 630-631.

<sup>16</sup> El frío era, sin duda, el obstáculo natural más importante a la hora de explicar la imposibilidad del avance militar romano en territorio de bárbaros: entonces se habla de *aeris saevitia*. Vid. *Amm.Marc.*, XVII, 1, 10; 27, 1, 1; cfr. MATTHEWS, J.F., *The Roman Empire of Ammianus*, London, 1989, pág. 311.

<sup>17</sup> La ausencia, en territorio bárbaro del norte, de la infraestructura básica del mundo civilizado, es un dato recurrente en buen número de autores clásicos: *Caes.*, *B.G.*, VI, 25; *Mel.*, III, 29; *Plin.*, *N.H.*, XVI, 5, *Tac.*, *Germ.*, 51; *Pan.Lat.*, XII (2), 5, 2; *Amm.Marc.*, XV, 4, 3; XVII, 1, 8, *Greg.Tur.*, *H.F.*, II, 9.

En consecuencia, en tan difíciles condiciones de vida resulta normal que los habitantes del *Barbaricum* fuesen individuos agresivos, salvajes, peligrosos<sup>18</sup>, inclinados al bandolerismo y a las acciones punitivas<sup>19</sup>. Amiano no es ajeno a este matiz y lo manifiesta como veremos a continuación.

En el mundo antiguo existían dos tipos de escenarios naturales en los que la barbarie no podía faltar: el bosque<sup>20</sup> y la montaña. En lo tocante al primero, «se trataba de un *topos* muy frecuente en la historiografía antigua, en la que el mundo romano aparecía como una sociedad civil y agrícola frente al bárbaro que no vivía en ciudades ni cultivaba la tierra. El bosque aparece como el símbolo del atraso de los pueblos bárbaros frente al progreso simbolizado por Roma»<sup>21</sup>. Como vemos, se trata del resultado del contraste entre bosque/salvajismo y civilización/urbanismo<sup>22</sup>: un espacio donde los enemigos pueden sustraerse al control de la autoridad oficial y resistir allí indefinidamente. De hecho, las autoridades romanas ejercían una vigilancia más efectiva sobre ambientes urbanos que sobre los rurales. «En el campo, especialmente cuando el terreno era escabroso, el bandolerismo era un problema constante»<sup>23</sup>. Por ello no es de extrañar que algunos autores clásicos, como Estrabón, detestaran la existencia de áreas boscosas en territorios en proceso de asimilación por Roma<sup>24</sup>. Recordemos que, durante toda la época imperial, el recuerdo del desastre de Teotoburgo pesaba en la conciencia romana. No encontramos este pensamiento en Amiano, salvo en el pasaje *XVII, 1, 8*<sup>25</sup>.

<sup>18</sup> LOMAS SALMONTE, F.J., *Barbaros y barbarie...*, pág. 20.

<sup>19</sup> ONIGA, R., BORCA, F., *La immagine della Germania in età romanobarbarica: riprese di modelli culturali classici, Romano Barbarica*, 14 (1996-1997), pág. 98: «I *latrones* sono radicalmente esclusi dall'orizzonte culturale, allontanati dallo spazio antropizzato e civilizzato: regolati da forme di potere "primitive" e antistatali, abitanti di spazi interstiziali sottratti al controllo da parte dell'autorità centrale, sostenuti da un'economia in qualche modo aberrata, che comporta la predazione sull'uomo, i banditi non possono ad alcun titolo partecipare della "vera" umanità».

<sup>20</sup> El bosque siempre trae connotaciones de peligro y amenaza para la mentalidad romana. Dentro de su *religio* tradicional, en el nacimiento de un niño, uno de los ritos consiste en repeler, mediante una escenificación ritual, a *Silvanus*, espíritu maligno de los bosques salvajes. Véase BAYET, J., *La religión romana. Historia política y psicológica*, Madrid, 1984, pág. 79.

<sup>21</sup> PRIETO, A., *El bosque en Hispania según Estrabón*, en «Homenaje a Marcelo Vigil», M.J. HIDALGO DE LA VEGA, ed., Salamanca, 1989, pág. 50; no obstante, para una zona como Arabia (bárbara, pero idealizada) los griegos señalarán la existencia de prósperos bosques en el interior que aportan valiosos productos como el incienso y la mirra (productos que envuelven con su fragancia todo el territorio): véase GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J., *et alii, Tierras fabulosas de la Antigüedad*, Alcalá de Henares, 1994, pág. 207.

<sup>22</sup> Un caso muy significativo lo hallamos en *Caes., B.G., 3, 21* (aquitanos).

<sup>23</sup> GARNSEY, P., Saller, R., *op.cit.*, pág. 189.

<sup>24</sup> PRIETO, A., *El bosque en Hispania...*, pág. 53.

<sup>25</sup> En este pasaje se describe un bosque tupido, tenebroso, lleno de trampas para los soldados que lo cruzan: motivo de recelo, de amenaza y de miedo casi supersticioso a lo imprevisto, nos transporta directamente al desastre de Teotoburgo, en época de Augusto.

El segundo escenario natural de la barbarie lo constituía la montaña, un hábitat que el historiador antioqueño refiere, en relación con las *externae gentes*, hasta la saciedad. Si recordamos a los míticos hiperbóreos, la etnografía clásica describía su tierra separada del ámbito civilizado por la infranqueable barrera de los montes Ripeos<sup>26</sup>. Ya desde los tiempos de Homero «l'opposition qui existe, se fait avec les gens de la plaine, laboureurs, pacifiques, paysans. Les habitants de la montagne sont, par définition, «sauvages» et «barbares», «belliqueux» et «brigands; ils en arrivent à enfreindre les lois humaines et divines»<sup>27</sup>. Nos movemos en la misma línea a la que nos referimos con el bosque: las zonas montañosas como reducto de comunidades que practican el pastoreo, la caza y el pillaje como actividades económicas predominantes en detrimento de la civilizada agricultura de cereales<sup>28</sup>. Pero más importante que eso era, para las autoridades romanas, los problemas que dichas comunidades planteaban a la hora de ser controlados políticamente hablando. Entre otros motivos, los montañeses vivían excluidos del mundo urbano que practicaba ese control<sup>29</sup>. Por ello, «durante toda la Antigüedad, las montañas conservaron entre la élite urbana culta su reputación de guarida de bandoleros, bárbaros y salvajes, así humanos como animales»<sup>30</sup>. Amiano participó de este arquetipo cultural, entre otros motivos porque muy cerca de su Antioquía natal tenía un claro exponente de aquél: los isaurios. Éstos no constituyen los únicos ejemplos del punto que aquí tratamos: pero, sin duda, sí se tratan de los más abundantes<sup>31</sup>. Ya Estrabón nos había descrito la orografía del país (*XII, 6, 2*). Y nos hacía comprender que sus habitantes, conscientes de su inferioridad en la llanura frente a los romanos (*XIV, 2, 8*), encontraban en las montañas un medio ideal para su forma de vida<sup>32</sup>, basada principalmente en las razzias<sup>33</sup>, ya que su agreste relieve imposibilitaba la agricultura<sup>34</sup>. Así pues, las

<sup>26</sup> GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J., *et alii*, *Tierras fabulosas...*, pág. 214.

<sup>27</sup> ANTONETTI, C., *Montagnards et bergers: un prototype diachronique de sauvagerie*, *DHA*, 13 (1987), pág. 209. *Strab.*, II, 5, 25 ya señalaba el hecho de que en las regiones montañosas habitan los salteadores, ya que sus duras condiciones de vida induce a la lucha y al valor.

<sup>28</sup> *Ibidem*, pág. 213. Tales actividades económicas van a condicionar su dieta. Para Estrabón, los montañeses eran categorizados como comedores de carne y bebedores de agua (para nada se mencionan el trigo, el aceite de oliva o el vino). Sobre los montañeses en Estrabón véanse SHAW, B.D., *op.cit.*, pág. 29; GARNSEY, P., SALLER, R., *op.cit.*, págs. 23-24.

<sup>29</sup> *Ibidem*, pág. 214.

<sup>30</sup> GARNSEY, P., Saller, R., *op.cit.*, pág. 24.

<sup>31</sup> *Amm.Marc.*, *XIV, 2, 2; 2, 5; 2, 12; 2, 20; XIX, 13, 1; XXVII, 9,6-7.*

<sup>32</sup> SANTOS YANGUAS, N., *Algunos problemas sociales en Asia Menor en la segunda mitad del siglo IV dC: isaurios y maratocuprenos*, *H.Ant.*, VII (1977), pág. 353; Minor, C.E., *The robber tribes of Isauria*, *AncW.*, II, 4 (1979), pág. 122.

<sup>33</sup> MINOR, C.E., *op.cit.*, pág. 117: «Like the Bedouins, raids were their agriculture».

<sup>34</sup> SANTOS YANGUAS, N., *Algunos problemas...*, pág. 355.

alturas se convierten en el refugio ideal para los isaurios, desde las cuales lanzar sus terribles expediciones de rapiña y a las cuales volver para guarecerse de las represalias romanas. Más o menos, se afirma lo mismo de los antiguos aqueos que, acosados por sus enemigos, se refugian en las montañas: allí, apremiados por el clima y la hostilidad del medio, desarrollarán un modo de vida basado en el bandolerismo (*XXII, 8, 25*). Pero los ejemplos no terminan aquí:

— *XV, 10, 2*: los agrestes picos de los Alpes facilitaron la resistencia del rey Cottis frente al avance de Roma.

— *XV, 11, 4-5*: los aquitanos, más próximos a la costa que los belgas, reciben las influencias de pueblos civilizados, puliendo su carácter bárbaro y facilitando, al mismo tiempo, el dominio romano de la región. Este aspecto de la costa (mediterránea) como punto de referencia que condiciona el desarrollo de los pueblos, se remarca en *XV, 11, 14*.

— *XVII, 13, 22*: sármatas y cuados, sorprendidos por una invasión romana en su territorio, huyen a las montañas para hallar allí seguridad. *Vid.* también *XVII, 12, 9*.

— *XXII, 8, 25*: los aqueenos, acosados por el enemigo, se refugian en las montañas (donde cultivarán un modo de vida articulado en torno a la rapiña).

— *XXVI, 9, 8*: abandonado por sus soldados, Procopio (un usurpador y, por tanto, alguien que comparte ciertos rasgos con los bárbaros) busca refugio en las montañas.

— *XXVII, 5, 3*: los godos, huyendo del imponente ejército de Valente, se refugian en abruptas montañas.

— *XXVII, 12, 9-10*: ante la formidable ofensiva de Valentiniano I, los alamanes optan por organizar el combate desde las alturas escarpadas e inaccesibles. El emperador pondrá sitio a este baluarte natural y terminará haciéndose con él (*XXVII, 10, 10*).

— *XXVII, 12, 11*: hostigados por Sapor, el príncipe armenio Papa y los tráfugas romanos Cylax y Artaban buscarán refugio en las montañas.

— *XXVIII, 2, 8*: los alanos exterminan a los romanos que se internan en su territorio, lanzándose sobre ellos desde un escondrijo en un cerro cercano.

— *XXIX, 4, 5*: alertado de la presencia romana, el alamán Macriano y los suyos se esconden entre las escabrosidades de la montaña.

— *XXIX, 5, 34*: el rebelde Firmo, viéndose derrotado, huye <sup>35</sup> a las inaccesibles montañas caprarienses, probablemente situadas en el interior de la Mauritania (*vid.* también *XXIX, 5, 37*).

— *XXX, 5, 5*: los cuados, desde su refugio montaños, contemplan cómo las huestes de Valentiniano penetran en su territorio.

— *XXXI, 2, 14*: los nervos habitan en agrestes montañas.

— *XXXI, 3, 7-8*: Atanarico y sus zervingos, derrotados por los arrolladores hunos, tienen que salvar la vida en las montañas.

— *XXXI, 4, 13*: sospechando Atanarico que Valente, debido a antiguos rencores, no le permitirá internarse en el Imperio, se refugia con su pueblo en un lugar montañoso y boscoso.

— *XXXI, 7, 10 y 8, 5-6*: los godos se lanzan sobre los romanos desde la cima de las colinas.

— *XXXI, 10, 12*: los lencienses, acosados por Graciano, también encuentran la salvación en las alturas.

— *XXXI, 12, 17*: la caballería goda desciende fulminantemente desde las montañas para castigar los dominios romanos.

En definitiva, el medio natural montañoso funciona, respecto a los bárbaros y frente a los romanos, como el refugio en el que protegerse de Roma y resistir el avance de las tropas imperiales, y también como plataforma desde la que lanzar ataques contra el civilizado enemigo. Todo ello facilitado por el hecho de que las *externae gentes* encuentran en las montañas un habitat adecuado a su naturaleza salvaje. O dicho de otra forma: la civilización, sita en la llanura por las causas antes mencionadas, encuentra en las altas cotas topográficas una amenaza constante desde tan tempranos tiempos, incluso, como los de la Segunda Guerra Púnica. El mismo Amiano lo refiere en *XV, 10, 10*, al hablar de Publio Cornelio Escipión, combatiendo a los cartagineses en Iberia. El general romano se mantiene alerta porque espera que, de un momento a otro, los norteafricanos les ataquen desde las montañas cercanas. Ya sabemos que los cartagineses eran tan civilizados como los hijos del Lacio <sup>36</sup>, pero el símil

<sup>35</sup> Probablemente a lomos de su caballo, del que nos habla Amiano en *XXIX, 5, 41*, descrito como un animal apto para todo tipo de terreno. Nos recuerda a nuestro asturcón y su capacidad para la escalada, que no para otros menesteres. Véase BLÁZQUEZ, J.M., *La economía ganadera de la España antigua a la luz de las fuentes griegas y romanas*, Emerita, 25 (1957), pág. 75.

<sup>36</sup> En *XXVII, 12, 11*, el príncipe armenio Papa y los trásfugas romanos Cylax y Artabano, traidores al Imperio, se refugian en las montañas hostigados por Sapor: ejemplos de personajes civilizados que se barbarizan con esta imagen.



resulta bastante significativo: el enemigo siempre llega desde la altura para dañar el solar de la civilización, que es la llanura. Al hilo de este argumento, no deja de ser significativa la imagen del Rin que nos describe el antioqueño en XV, 4, 2, cuyo curso desciende impetuoso desde las altas cumbres alpinas. El legendario río aparece, en este pasaje y de forma muy clara, como la frontera entre romanos y bárbaros. Y no podemos sustraernos al ejercicio de comparar ese caudal violento que baja de las escarpadas montañas con esos mismos bárbaros que descienden en tromba y fuera de control desde el mismo punto: así, el Rin, que baja también desde las alturas, se muestra tan incivilizado como los pueblos de allende el *limes* <sup>37</sup>. De otro modo, compárese esta idea con la metafórica invasión del río sobre el lago Brigancio (XV, 4, 5), sin que uno frene al otro y sin que se produzca mezcla ni fusión de sus aguas <sup>38</sup>. ¿Se trata, acaso, de un *desideratum* del historiador? ¿Está apuntando, quizás, y de forma bastante sutil, que civilizados y bárbaros, por sus respectivas esencias radicalmente distintas, no pueden concebir la unión? ¿Por qué no? El romano no se halla cómodo en la montaña, al considerarla un lugar propicio para recibir reveses, tal y como le ocurría al general Teodosio cuando se encontraba combatiendo a las tribus rebeldes del Norte de África (XXIX, 5, 44) <sup>39</sup>. Por otra parte, el enemigo norteño no se adapta bien a las calurosas condiciones climáticas del Mediterráneo <sup>40</sup>. Y, aunque lo lograra, como defenderá Estrabón, jamás llegaría a asimilar verdaderamente la civilización <sup>41</sup>. La segregación era (y esta idea en Amiano no nos sorprende en absoluto) lo

<sup>37</sup> Según SEAGER, R., *Ammianus Marcellinus. Seven studies in his language and thought*, Columbia, 1986, pág. 46, Amiano utiliza la imagen de fenómenos naturales como un río o una marea para estigmatizar el salvajismo y la falta de control, incluso con personajes supuestamente civilizados: Galo (XIV, 1, 10), Paulo (XIV, 5, 6), Valentiniano I (XXIX, 3, 2)...

<sup>38</sup> Idéntica información recibimos para el caso del Ródano en *Amm.Marc.*, XV, 4, 5.

<sup>39</sup> Sobre las comunidades montañosas del norte de África en Amiano acúdase a SANTOS YANGUAS, N., *La resistencia de las poblaciones indígenas norteafricanas a la romanización en la segunda mitad del siglo IV dC.*, *Hispania*, 142 (1979), págs. 266 ss. Según MATTHEWS, J.F., *Mauretania in Ammianus and the Notitia*, en «Political Life and Culture in Late Roman Society», Londres, 1985, págs. 162 y 166, la montaña es un elemento clave en la vida de este país, desde la cual cae la amenaza de las tribus montañosas y desde la que se controlan los recursos hídricos de la zona. Sin embargo, GARCÍA MAC GAW, C., *Romanización vs. Indigenismo en el norte de África. Algunas perspectivas historiográficas*, *Anales de Historia Antigua y Medieval*, 27 (1994), pág. 87, afirma que «el imperialismo romano se interesó en las regiones más ricas que no eran siempre las llanuras y a veces, por razones que no se explican siempre por la resistencia a Roma, quedó al margen de ciertas llanuras». Tal autor (apoyado por GOZALBES CRAVIOTO, E., *Algunas notas acerca de la bibliografía sobre la sistencia a la romanización en el norte de África*, *Tempvs*, 7 (1994), págs. 36-37) negaría la segregación entre montañoses y civilizados en estos territorios.

<sup>40</sup> BALSDON, J.P.V.D., *Romans and aliens*, London, 1979, pág. 214: «The Romans themselves, it would seem, adapted better to northern conditions, much as they disliked them».

<sup>41</sup> BERMEJO BARRERA, J.C., *Mitología y mitos de la Hispania Prerromana*, Vol. 2, Madrid, 1986, pág. 22.

más natural, aunque la barbarie inunde a la civilizada llanura. Contemplemos, si no, la amarga queja de Amiano al hablarnos de la irrupción de los godos en el Imperio, ya en el último libro de sus *Res gestae* (XXXI, 4, 9): «*Per id tempus nostri limitis reseratis obicibus atque ut Aetnaeas fauillas armatorum agmina diffundente barbaria...*». Los bárbaros inundan los Balcanes como la lava del Etna sepulta las tierras de su entorno siciliano. La imagen, abundando en lo que ya llevamos dicho, no puede resultar más significativa <sup>42</sup>.

En definitiva, y con una diferencia de tres siglos, encontramos en Amiano el mismo tópico referido a la montaña como espacio ajeno a la civilización que existía en época de Augusto <sup>43</sup>. Y no sólo ajeno, también peligroso para ella. En la montaña no sólo viven aquellos grupos que pretenden escapar al control de Roma. Desde el refugio que ofrece lo abrupto de su orografía descende, ocasionalmente, el devastador efecto de la barbarie, materializándose en saqueos, muerte y destrucción. Si lo ampliamos a la geografía que ocupan los bárbaros, hallaremos en ella la misma hostilidad de aquéllos, encargándose el mismo medio físico de establecer una tajante separación entre el mundo clásico mediterráneo y las *externae gentes*: tal separación (aunque temida, también deseada por el hombre civilizado) genera más de una vez especulaciones que abandonan el campo de la etnografía para internarse en el terreno de la ficción con tintes extraordinarios. Así, «el espacio marginal del orbe, siempre delimitado por imponentes e infranqueables barreras como el océano o una cadena de montañas elevadas, servía otra vez de escenario adecuado a estos seres fabulosos, producto natural de los destellos de la imaginación de los viajeros más arriesgados o de esa mezcla de fascinación y terror que susci-

<sup>42</sup> Amiano fue, como todos los intelectuales clásicos (aunque en mayor medida), un autor hostil a los bárbaros. Sobre el tema pueden consultarse BONANI, S., *Ammiano Marcellino e i Barbari*, RCCM, XXIII, 1981, págs. 125-142; DAUGE, Y.A., *Le Barbare. Recherches sur la conception romaine de la barbarie et de la civilisation*, Bruxelles, 1981, págs. 330-352; FREZOULS, E., *Les deux politiques de Rome face aux Barbares d'après Ammien Marcellin*, en «Crise et redressement dans les provinces Europeennes de l'Empire», Strasbourg, 1983, págs. 175-197; WIEDEMANN, T.E.J., *Between men and beasts: barbarians in Ammianus Marcellinus*, en «Past perspectives. Studies in Greek and Roman Historical writing», ed. by Moxon, I, Cambridge, 1986, págs. 189-221...

<sup>43</sup> Para el tema de este artículo, en general, hemos de tener presente que Amiano es tributario de la tradición literaria clásica. El antioqueño fue un ávido lector de los clásicos, a través de los cuales obtuvo una sólida formación. Al respecto, vid. BLOCKLEY, R.C., *Ammianus Marcellinus. A study of his historiography and political thought*, Bruxelles, 1975, págs. 12-13; CAMUS, P.M., *Ammien Marcellin. Témoin des courants culturels et religieux à la fin du IV e siècle*, París, 1967, págs. 29-55; FORNARA, CH.W., *Studies in Ammianus Marcellinus II: Ammianus knowledge and use of Greek and Latin literature*, *Historia*, XLI, 4 (1992), págs. 420-438; LANA, I., *Ammiano Marcellino e la sua conoscenza degli autori greci*, en «Politica, cultura e religione nell'Impero Romano (secoli IV-VI) tra Oriente e Occidente», Napoles, 1993, págs. 23-40.

taban estas regiones extremas que se hallaban completamente fuera del alcance de los afanes humanos»<sup>44</sup>.

Podemos cerrar este trabajo con la siguiente conclusión:

«In generale, l'intrasitibilità o, quanto meno, la difficoltà di accesso costituisce un elemento centrale dell'ambiente naturale germanico, che da un lato deve essere considerato in relazione con le esigenze tattiche strategiche degli eserciti romani, dall'altro deve essere letto in chiave geopolitica: uno spazio impraticabile è necessariamente inesplorabile ed è pertanto destinato a rimanere ignoto, imprigionato nelle maglie di un'alterità che incute paura e suscita sospetto»<sup>45</sup>.

---

<sup>44</sup> GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J., *Tierras fabulosas...*, pág. 217.

<sup>45</sup> ONIGA, R., BORCA, F., *op. cit.*, pág. 102.